

allí, como en el caso que pinta *Ciro Alegría* en su novela «El mundo es ancho y ajeno», los pobres engañados por los tintes, que no conocen otra moral que la de un fajo de billetes, fueron derrotados. La usurpación legalizada se convertía en derecho. De este modo, los campesinos que habían dejado su sangre y su sudor sobre aquellos terrones se convertían en desvergonzados ocupantes de una tierra que no les pertenecía. La fuerza pública llegó entonces a lanzarlos al camino, a quemarles la casa, a dejarlos sin más abrigo que el cielo inclemente. Animales, míseros enseres, la cama en que llegaban a reposar después de las rudas tareas, quedaban junto con los chiquillos hambrientos y las mujeres llorosas sin otro refugio que el camino, que para ellos ya no los conducía al hogar.

*Reinaldo Lomboy* describe bien esta dura realidad, este atropello del fuerte hacia el débil. Es sensible que en su calidad de novelista, de creador artístico, dé a sus páginas, a ratos, un tono de sermón, de discurso demagógico. No hace falta. Los hechos que forman la substancia de su libro tienen por sí solos mucho más fuerza que las argumentaciones más apasionadas. Tienen la elocuencia de una vida brutal que rezuma injusticia y dolor. Y eso es más que suficiente.

#### ME LLAMAN CASANDRA.

La señora *Genevieve Tabouis*, ha tenido en realidad un destino singular que sólo se parece en parte al de la hija de *Príamo* y de *Hécuba*. Por su ingratitud, aquella *Casandra* de la mitología fué condenada a que nadie creyera en sus predicciones. En cambio esta moderna *Casandra*, que llenaba todos los días una columna del famoso diario parisiense «*L'Oeuvre*», en los que formulaba sus vaticinios acerca del resultado que tendría la marcha de los acontecimientos políticos de Europa, ha tenido la triste suerte de ver que sus más terribles predicciones se han cumplido y que los incrédulos no tuvieron más

remedio que rendirse ante la evidencia de los hechos consumados.

Como en el «J'accuse» de André Simonne, vemos desfilar a todos los más importantes personajes de Europa, y de Francia especialmente, desde Aristides Briand hasta Paul Reynaud. Enemiga a ultranza de los dictadores que gobiernan en Berlín y Roma, la señora Tabouis en una columna de «L'Oeuvre», que se hace famosa por sus sensacionales vaticinios, va indicando a su público todas las maniobras políticas de que se vale Hitler para mistificar la opinión, tanto en Francia como en Inglaterra y poniendo en descubierto su maquiavélico juego. Ella es la que denuncia ante el público francés las siniestras maniobras de Pierre Laval para obtener, en forma bien indigna por cierto, el favor de Mussolini, a cambio de que el gobierno francés deje en libertad de acción a los italianos para proceder en Etiopía. Ella va anunciando con sorprendente anticipación lo que ha de ocurrir en el Sarre, en los Sudeten, en Austria y Checoeslovaquia.

Los amigos de Genevieve Tabouis, con una seguridad infalible y más que eso con una sinceridad admirable, la informan siempre a tiempo desde Berlín, Viena, Munich, Ginebra, Londres y otros centros de Europa, donde se mueven los hilos de la política internacional. Es una política llena de falacias. Los estadistas de las grandes potencias van de una capital a otra para reunirse en conferencias, en las cuales se debaten los asuntos más delicados para mantener la paz sin desmedro de la integridad de cada uno de los países que entran en el peligroso juego. Solemnes y graves reuniones en las cuales se ve cuánto hay de ruindad y de egoísmo en el corazón de los hombres. Fiestas deslumbradoras, en los grandes salones, siguen a estas conversaciones oficiales. Parece que todo se arregla fácilmente con sonrisas, con palabras de ingenio, con alardes cortesanos. Y sin embargo todo va rodando hacia un fin, hacia el inevitable despeñadero de la guerra. La política de Hitler si-

gue adelante con artera ductilidad, aparentando en todo momento las mejores intenciones, pero sin apartarse en lo más mínimo de sus propósitos. La interidad respetable de Briand, así como la miserable falacia de Laval no logran sacar nada en limpio con respecto a la verdadera finalidad que persiguen los alemanes. Genevieve Tabouis, desde su columna de «L'Oeuvre» sigue desenmascarando a diario a los emisarios de Berlín, denunciando sus verdaderos móviles. Y entonces en los altos círculos de la política, en los salones aristocráticos y en las redacciones de los diarios de la derecha se burlan de ella. León Daudet la llama Mademoiselle Tatá. En las fiestas sociales, donde impera el criterio de los políticos corrompidos y venales, se mira de reojo a esta terrible Casandra que siempre sabe lo que va a ocurrir y que no yerra nunca en sus predicciones. Pero esta actitud insobornable de Genevieve Tabouis hace su efecto. Hitler le concede tanta importancia que la ataca públicamente en uno de sus discursos de Munich. Yvon Delbos y Laval le prohíben la entrada al Quai D'Orsay. Laval indignado, en una de las ocasiones que lo deja al descubierto, dice: «haré detener a Tabouis, y aun más: ordenaré fusilarla».

Todos los influyentes miembros de la quinta columna, que viven en París y que se relacionan con los políticos y con la aristocracia a cuyos salones éstos concurren, comienzan a trabajar porque la despidan del diario en que trabaja. Y si no lo consiguen no es nada más que, porque la publicación de sus artículos dan a ese diario cientos de miles de lectores y en consecuencia un negocio fabuloso.

Llama la atención en el libro de Genevieve Tabouis, la certera y penetrante observación para describir a algunos de los políticos con que trabaja a diario. La de Aristides Briand surge en estas líneas, nerviosas y apasionadas, con majestad emocionante. Era seguramente el más grande hombre público en esa Francia convulsionada y corroída por tan graves males. Pero

seguramente de esta crisis nacerá una Francia purificada y ennoblecida a través del dolor y de la humillación de su derrota.

La lectura de este libro se hace más agradable debido a la excelente traducción que de ella hizo para Ercilla la señorita Inés Cané.

#### YO FINANCIÉ LA ASCENSIÓN DE HITLER.

Este interesante libro editado por Zig-Zag, es otro documento público en que se condena la actuación de Hitler como jefe supremo del pueblo alemán. Fritz Thyssen, jefe de una de las más poderosas organizaciones industriales de Alemania entona aquí su mea culpa. El ayudó al caudillo, financieramente, dándole los medios de alcanzar el poder, cuando aun no era sino el jefe de un partido político.

Thyssen conoció de cerca a todos los jefes del nazismo. Goering, Goebbels, Himler y muchos otros fueron sus amigos. Creyó buenamente, según lo declara en páginas sinceras, que todos los hombres salvarían a Alemania de la postración económica en que se hallaba. Y en su calidad de Consejero de Estado y de diputado del Reichstag trabajó por la reconstrucción espiritual y material de su país. Es el caso del hombre que habla dolorosamente, por cuanto su calidad de alemán lo pone con frecuencia frente a los hechos brutales de un régimen del cual fué uno de sus sostenedores más convencidos. Pero es tal el cúmulo de iniquidades que ve entre los jefes del nazismo, que su espíritu se rebela renunciando a los cargos que desempeñaba y alejándose del país, aunque con ello pierde casi toda su fortuna.

En las páginas del libro de Thyssen vemos desfilan a una cantidad de personajes del nazismo alemán que figuran o han figurado en los cablegramas de los diarios: Gregor Strasser, Hu-